

EN PUNTO

programas se sigan proclamando neutralistas— y muchas veces hacia las potencias colonizadoras. El mismo Congo suministra un ejemplo. Mobutu, negociando estos días con Alemania Federal, mantiene relaciones especiales con Bélgica y mantiene la política de los Estados Unidos. De la misma forma, Nigeria, frente a Biafra, se apoya en Gran Bretaña, en este caso con el respaldo de la URSS. Wilson visita estos días Lagos y fortalece, con armas y dinero, el régimen de la Federación. La serie de los diecisiete golpes de estado podría iniciarse en el de los sargentos que mataron en Togo a Sylvanus Olimpo, en 1963, y actualizarse con el teniente Moussa Traore, que ha detenido en Malí al Presidente Modibo Keita. De los diecisiete golpes militares, nueve han dejado el poder en manos del Ejército y en los restantes lo han devuelto a los civiles, pero conservando una influencia fuerte sobre ellos.

Esta situación no es nueva, ni es privativa del continente africano, ni pertenece en exclusiva a nuestro tiempo. Sus rasgos generales coinciden estructuralmente con los de Hispanoamérica en el momento de la ola de independencias, que dieron origen a una serie, en ciclo, de revoluciones y golpes de estado que en muchos casos no han terminado aún. La influencia en aquel momento de la Revolución francesa y del Siglo de las Luces —admirable, aunque burlescamente descrita por Alejo Carpentier— podía representar el mismo papel que hoy representa en África la imagen del marxismo soviético y chino. La tendencia conservadora, que hoy marca un regreso hacia las potencias que fueron colonizadoras, se revelaba en los sectores que se polarizaban en torno a la influencia española —cultura, idioma y religión—. Los Estados Unidos representaban entonces, como ahora, el mismo papel propio.

LOS «TUPAMAROS» DEL URUGUAY

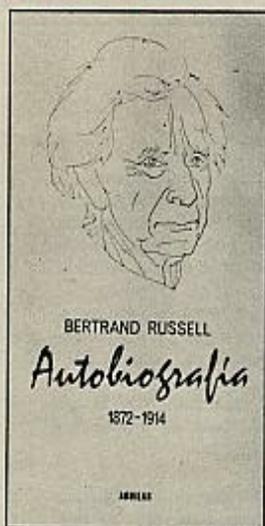
Próximo juicio en Montevideo

Los Tribunales de justicia de Montevideo han iniciado una serie de procesos por terrorismo contra los llamados «Tupamaros». El principal acusado es el ingeniero Jorge Maneras Lloveras, a quien algunas veces se ha tenido por el jefe supremo de los «Tupamaros», aunque según algunos representa un papel muy secundario. Los «Tupamaros» toman su nombre del inca Tupac Amaro, que hasta su ejecución fue rebelde a los conquistadores y que dejó una estela de bandas insumisas que operaban aún en el siglo pasado. Su programa es, principalmente, castrista, aunque difieran en una cuestión de técnica. Mientras Castro y «Che» Guevara eran revolucionarios de selva, montaña y campo, los «Tupamaros» creen en las guerrillas urbanas, entre otras razones por las condiciones geográficas y económicas del Uruguay. Su movimiento corresponde a la tendencia actual de la «oposición fuera del sistema», y, por tanto, se consideran ajenos a la izquierda organizada en partidos que trata de realizar la oposición desde dentro del sistema político en vigor. No ocultan su intención de seguir el ejemplo de Cuba y proclaman, como Regis Debray, que no hay que esperar las condiciones objetivas de la revolución, sino que esas condiciones pueden crearse mediante «el hecho de armarse, prepararse y violar la legalidad burguesa», actos capaces de «crear una conciencia, una organización y unas condiciones revolucionarias». Se conoce poco de la organización de los «Tupamaros». Prevalce la idea de que su jefe es el socialista Raúl Sendic, que vive en la clandestinidad. Es un abogado que fue dirigente sindical y que ha inclinado al partido socialista —o una facción de dicho partido— a un radicalismo revolucionario se supone que está organizado en célula y que sus militantes están infiltrados en sindicatos, partidos políticos y aún en medios gubernamentales. Se han atribuido a los «Tupamaros» varios actos de terrorismo, entre ellos el ataque armado contra la casa Bayer, a la que se acusaba de fabricar gases de guerra para que los Estados Unidos los utilizaran en el Vietnam. Su golpe más ruidoso fue el secuestro de un alto funcionario, Pereyra Reverbel, amigo

personal del Presidente Pacheco. Las organizaciones y partidos de izquierdas de dentro del sistema les acusan con lenguaje parecido al de los comunistas franceses contra la insurrección de mayo, y explican que el movimiento es de tipo anarquizante, sin coherencia política y destinado a aniquilarse a sí mismo. La forma de trabajo de los «Tupamaros», su necesidad de vivir en medios urbanos y la exigencia de realizar continuamente actos de terrorismo para poderse manifestar, puesto que las vías legales no solamente les están negadas, sino que las niegan a sí mismos, los hacen especialmente vulnerables a la policía política. Se supone que el actual proceso, que dirige el juez Daniel Pereira Manelli —a quien van a parar todos los procesos por extremismo y terrorismo—, después que los detenidos hayan sido, durante bastante tiempo, interrogados por el llamado «Departamento de Inteligencia y Enlace» de la policía, será hecho con gran publicidad para mostrar ante el público el alcance de los actos de terror de los «Tupamaros».

LIBROS

Autobiografía de B. Russell



Revolusivo de Occidente, naturaleza rebelde, espíritu desgarrado, actitud vital valerosa e independiente, firme frente a todo en la defensa de sus ideas, feroz contrincante de los que niegan el humanismo, agudísimo polemista, este jovencísimo nonagenario que se llama Bertrand Russell, sigue con su frente abierto y seguirá hasta el último aliento, por más que esta imagen parezca traicionar el verdadero sentido de su vida: la vida de un pacifista que arrastró en otros tiempos los peligros que comportaba la traición a su clase, la aparente «traición» a su país —a las instituciones vigentes durante la primera guerra mundial—, la afirmación de un socialismo fabiano —por tanto, tímido y reformista— en días de plenitud conservadora en el nivel social en que había nacido y se había formado. Su frente actual se halla enfocado hacia un objetivo muy concreto, la paz mundial, y en primer término, consecuentemente, la liquidación de la guerra del Vietnam. «Busqué la paz, durante largos años», puede escribir, con toda razón, en el preámbulo de esta «Autobiografía» (Versión española de Editorial Aguilar, que abarca desde 1872 hasta 1914). Como también

puede añadir, no menos justificadamente «éxtasis y angustia sólo hallé, del frenesí conocí la faz, hundido me vi en negra soledad».

Aquí, en esta primera parte de la historia de su vida, encontramos, quizá, lo más entrañable de la misma. Sus turbulentos episodios amorosos, sus primeras luchas, su evolución político-social, la afirmación de su individualismo humanista. Y como testimonio, figura una nutrida correspondencia que perfila evocaciones y recuerdos.

Acerada y amena es la prosa de Bertrand Russell: no descubrimos nada nuevo. Pero aquí, en este relato de sus intimidades, de su cotidianidad recuperada al cabo de tantas décadas, sus más destacados valores aparecen con mayor nitidez. El filósofo-matemático, incansable defensor de las causas más dignas, se nos ofrece, a través de su palabra, como el hombre corriente que fue en su vida diaria, en sus amores, en sus estudios, en sus primeras experiencias. Y su narración nos llega cálida y humana.

Poesía catalana, según Goytisolo

La poesía española de los últimos lustros se concentra en grupos, en tertulias, en escuelas. Desde la inicial —y por tantas razones lamentable (aunque cabe una explicación objetiva, por sus condicionamientos, de su partida de nacimiento)— «Juventud Creadora» alentada en el Café Gijón —que hace unos días dio nombre otra vez al premio que con tanta constancia mantiene el catalán Nadal-Rodó, y que en esta ocasión correspondió al periodista y crítico Raúl Torres, un buen narrador de las últimas promociones— hasta las más recientes expresiones del fenómeno de concentración a que aludimos (diesen, por ejemplo, en «Puente Cultural», pasando por la denominada «Escuela de Barcelona», que, por cierto, abarcó a poetas situados por naturaleza o residencia fuera del área catalana (Ángel González, José Ángel Valente), la división en reinos de taifas, casi siempre sin comunicación entre sí en orden a sus presupuestos estéticos, define el contexto poético español de la posguerra. Si a este evidente fenómeno añadimos la creación, en lengua catalana, de numerosos y muy considerables poetas, se comprenderá la

